

8

La admiración: condición inicial para el filosofar

JUAN ALEXIS PARADA SILVA*

Resumen

El presente escrito se desarrollará en cinco momentos, a saber: (i) se disertará sobre la etimología de la palabra admiración; (ii) se traerán a colación escritos de Platón y Aristóteles que muestran la concepción de estos pensadores sobre la admiración; (iii) se argumentará la situación de olvido en la que ha caído la admiración en algunas ciencias, incluida la filosofía; (iv) se abogará por la necesidad de un retorno a la admiración como propedéutica del ejercicio reflexivo; y (v) se escribirá sobre la *aletheia* como la afinidad entre la mente humana y el mundo, donde se hace apremiante perfilar la filosofía como un discurso que se ancle en la vida humana y que sirva de faro para iluminar las diferentes problemáticas de los individuos y donde se guarde la esperanza de que en algún momento de nuestra vida, decidamos salir de la caverna y adoptar la actitud de asombro que caracteriza a los infantes, tomemos la determinación de abrir los ojos y nos permitamos salir de las sombras. En ese preciso instante nos formularemos preguntas, intentaremos hallar respuestas y nos entregaremos al pensamiento, a la reflexión filosófica.

Palabras clave: admiración, olvido, filosofar, *aletheia*, asombro.

Para comenzar

Es la admiración la condición inicial para el filosofar, para el preguntarse por la realidad. Aristóteles y Platón así lo concibieron. A lo largo del escrito y trayendo a colación a estos dos pensadores y al profesor Antonio González, pretendo

* Licenciado en Filosofía y Letras, magister en Filosofía Latinoamericana y candidato a doctor en Filosofía. Líder del Grupo de Investigación Aletheia, categorizado en C por Colciencias. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia y de la Universidad Santo Tomás. japarada@ucatolica.edu.co



enfaticar en la admiración como cualidad indispensable a la hora de entregarse al ejercicio libre del filosofar.

Empecemos entonces cuestionándonos por el significado de la palabra admiración. En el Diccionario de la Real Academia Española, nuestro primer referente, se nos dice que el vocablo deriva del latín *admiratio*, *-onis* y es la acción de admirar. Por su parte, la palabra admirar, proviene del latín *admirari* que significa: “causar sorpresa a la vista o consideración de algo extraordinario o inesperado” y “ver, contemplar o considerar con estima o agrado especiales a alguien o algo que llaman la atención por cualidades juzgadas como extraordinarias”.

En el Diccionario Larousse se explica admiración como: “adoración hacia alguien por sus cualidades”, “observación de algo valioso con interés y placer” y “sorpresa ante algo extraordinario”.

Estas acepciones subrayan la observación y la contemplación como elementos presentes en la definición de admiración. Bueno y para observar o contemplar se le da prelación al sentido de la vista. Puesto que en la admiración lo que el ser humano hace es admirar (*ad*, a y *mirari*, mirar). Admirar entonces se constituye en el acto de detener la mirada en una cosa o en una realidad puntual. Ahora bien, detenemos la mirada en las cosas y la realidad, justamente porque estas son susceptibles de admirar, de ver. En la admiración podemos contemplar las cosas, porque las cosas se nos presentan, se nos muestran, pueden ser aprehendidas por nuestro entendimiento.

Para Platón y Aristóteles la admiración es el principio u origen de la filosofía, sin ella el ejercicio filosófico sería estéril, ya que es con el asombro, el deleite, el deslumbramiento, el maravillarse, la fascinación y la pasión con que el ser humano empieza a interrogarse por su entorno, por el origen de las cosas, por el inicio de su vida. Escribe Platón en su diálogo *Teeteto*: “el admirarse es un sentimiento propio del filósofo, y la filosofía no tiene otro origen que la admiración” (155d). ¿En qué consiste esa admiración? Platón nos la describe como una pasión, el sentido del sufrir, padecer, estar afectado, experimentar. “No estamos por tanto ante un nuevo sentimiento subjetivo, sino ante una afección. La pasión no nos aísla

del contexto, sino que nos vincula a aquello que nos ha afectado. En la pasión quedamos poseídos de una manera permanente por aquello que nos ha afectado” (González 75).

Para el profesor Antonio González es indudable que en la admiración quedamos atrapados de forma permanente por aquello que admiramos, asimismo, nos ligamos con lo admirado, no sé si puedo afirmar que nos volvemos uno con lo admirado, pero lo que sí es claro, es que lo admirado atrapa nuestra atención. Pero la admiración es una pasión especial, ya que, en las demás pasiones, el individuo queda envuelto en el objeto de sus pasiones. Por el contrario, en la admiración se produce una especie de retracción respecto a aquello que admiramos.

Aquello que nos produce admiración no nos arrastra a hacer todas las actividades propias de un aficionado o de un apasionado. Más bien la admiración nos deja con la boca abierta, nos inmoviliza. La admiración, en lugar de invitarnos a disponer de las cosas, nos invita a averiguar, nos invita a saber. (González 76)

En principio, el objeto o la situación admirada hace que nos retraigamos, una especie de recogimiento ocasionado por lo insólito, lo maravilloso del hecho que lo suscita. Posterior al recogimiento viene otro momento, motivado por el deseo de descubrir los móviles de aquel hecho que capturó nuestra atención. Este otro momento se aborda mediante una investigación más detallada, pero siempre iniciada por el primer momento que nos dejó sin aliento, que nos sacó de la situación de confort en que andábamos.

El querer saber las causas del asombro, el querer ir más allá, obedece a una razón y es que la admiración guarda relación con la ignorancia, con el deseo de superar ese estado de desconocimiento. El ser humano en su devenir cotidiano se esfuerza por escudriñar la causa o las causas que habrán de soportarle el hecho del que se asombra. Ahora bien, la filosofía utiliza la plataforma que crea el asombro para ahondar en las causas de las cosas, en los principios, con la firme convicción de que podemos librarnos de la ignorancia o, solo para satisfacer el infinito deseo de saber.

El que se admira se convierte en alguien que busca saber. La admiración nos exige reconocer nuestra ignorancia, reconocer los límites de todo lo aprendido y de todo lo sabido,



para así iniciar de nuevo el camino del conocer. La admiración no nos convierte en sabios ni en burócratas del conocimiento, sino en buscadores de la sabiduría. (González 76)

El ir apartándonos del desconocimiento de las cosas no es tarea sencilla, exige toda una vida de entrega, de investigación, de admiración. Ahora podemos comprender aquel aserto del viejo maestro Sócrates: “Yo sólo sé que nada sé” y es que, frente al vasto mundo de conocimientos, nuestro saber no alcanza a ser ni siquiera un ápice de todo lo que hay por identificar, es mucho lo que nos falta por conocer, por aprender o mejor por comprender. La tarea es titánica.

Por su parte, el estagirita nos dice expresamente que por el admirarse los seres humanos tanto ahora como antes principiaron el filosofar. La admiración no solo está en el comienzo de la filosofía, acompaña a esta a lo largo de toda su tarea, también en el presente, como su principio interno. Pero, ¿qué es lo que causa esa admiración? Aristóteles responde:

Pues los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco y planteándose problemas mayores, como los cambios de la luna y los relativos al sol y a las estrellas, y la generación del universo. Pero el que se plantea un problema o se admira, reconoce su ignorancia. (Por eso también el que ama los mitos es en cierto modo filósofo; pues el mito se compone de elementos maravillosos). De suerte que, si filosofaron para huir de la ignorancia, es claro que buscaban el saber en vista del conocimiento, y no por alguna utilidad. Y así lo atestigua lo ocurrido. Pues esta disciplina comenzó a buscarse cuando ya existían casi todas las cosas necesarias y las relativas al descanso y al ornato de la vida. Es, pues, evidente que no la buscamos por ninguna utilidad, sino que, así como llamamos hombre libre al que es para sí mismo y no para otro, así consideramos a ésta como la única ciencia libre, pues ésta sola es para sí misma. (982B 10-25)

Para Aristóteles la admiración comienza con las cosas que se tienen a la mano, es decir, con elementos sorprendentes pero comunes, y después, gradualmente se avanza hacia situaciones mayores, relacionadas con el cosmos y el universo en general. Tendríamos entonces algo así como una gradación en tres niveles de aquello que nos provoca la admiración. “El primer nivel estaría formado por lo



más inmediato entre lo extraño. Después, la admiración se dirigiría hacia ciertas peculiaridades del universo, y finalmente, en un tercer nivel, los filósofos se admirarían de la génesis de todo” (González 77).

Lo inmediato, lo que está a la mano, se conecta con el ámbito de la interacción primigenia entre el ser humano y su mundo. Es con los sofistas y Sócrates que el centro de las preocupaciones filosóficas es la vida humana, particularmente, la vida social del ser humano. Ya no el cosmos, como pensaron los presocráticos. Recordemos que para los presocráticos o fisiócratas, la filosofía debería aunar esfuerzos para entender el origen y desarrollo del cosmos. Pareciere que los presocráticos empezaron por el tercer nivel de admiración propuesto por el estagirita, esto es, admirarse por la génesis de todo.

Los presocráticos procuraron ir más allá de las explicaciones míticas e intentaron indagar por el *arjé* de la *physis*, por lo uno, por lo que da origen a lo múltiple, a la pluralidad. Entre los pensadores presocráticos cabe mencionar a: Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Heráclito, Pitágoras, Empédocles, Anaxágoras y Demócrito. Ahora bien, ¿dónde hallaron el *arjé* de las cosas o del cosmos nuestros pensadores? Algunos lo encontraron en el agua, otros en el aire, otros creyeron que estaba en el fuego, en los átomos, en el *ápeiron* y hasta en el amor y los números. Pero tal vez lo único claro aquí, fue que gracias a la capacidad de asombro, de maravillarse, estos hombres emprendieron su travesía, la aventura de interrogarse por el comienzo, por el origen común de la pluralidad.

Los presocráticos movidos por la curiosidad y la admiración empezaron a filosofar, intentando dar razones acerca del orden del cosmos, de cómo hay un conjunto de seres ordenados que sigue leyes racionales, de por qué existe orden y no caos. ¿Quién ordena? ¿Qué ordena? ¿Por qué ese orden y no otro? La realidad avasalló a los presocráticos, los admiró. La misma realidad los abocó a preguntarse por el sentido, el logos y la razón de ella.

Gracias a la capacidad de asombro, gracias a la contemplación, los presocráticos procuraron salir de sí mismos y se dejaron cautivar por la realidad. Una pléyade de estrellas, el orden, la luna, el sol, las estaciones, los eclipses y una gran cantidad de fenómenos naturales fueron el hueso duro de roer para estos filósofos.



Los primeros pensadores hicieron uso de la admiración para inaugurar su recorrido por el filosofar. Al parecer intentaron explicar lo macro, el cosmos. Se alejaron un poco de lo próximo, de lo que está a la mano, de lo inmediato diría Aristóteles, para pensar en el universo. Ya lo señalé anteriormente, es con los sofistas y con Sócrates que los problemas más cercanos, los de la vida humana, adquieren un puesto privilegiado. Nos dice el profesor Antonio González que:

La reflexión de Sócrates, en lugar de dirigirse hacia al cosmos en su conjunto, se centró sobre las cosas humanas o, si se quiere sobre la condición humana. Lo impío, lo bello, lo justo, lo vergonzoso, la prudencia, la locura, el gobierno, la cobardía. Sócrates se habría ocupado de los asuntos éticos buscando en ellos lo universal. (González 77)

De hecho, Sócrates llegó a cuestionar la actitud de pensadores que enfocaban su reflexión en el origen del cosmos, puesto que consideraba que al realizar esta tarea, dejaban de lado lo más cercano, los problemas de la vida humana. “Sócrates se preguntaba si los que investigan el cosmos en su conjunto, dejando de lado la vida humana, pensaban hacer lo conveniente. El saber sobre los demás saberes tiene una intención ética, porque es parte de un saber sobre la vida humana en su conjunto” (González 78).

Por consiguiente, lo decisivo para la fundación de la filosofía es su carácter de saber primero, que se cuestiona no solo por las intenciones y por el alcance de los demás saberes, sino también por su aplicación en la vida humana práctica. La filosofía primera o la filosofía en su primera radicalidad, es un saber sobre la vida humana. La admiración sobre las cosas más inmediatas se convierte así en una admiración constituyente, porque incluye dentro de sí la admiración por los demás saberes. “La primeridad de la filosofía no es una primeridad cronológica, sino primeridad en radicalidad. La filosofía es un saber radical porque incluye en sí misma un saber sobre la raíz misma de todo otro saber” (González 78).

El olvido de la admiración

En la actualidad algunas ciencias, inclusive la filosofía, parecen haber olvidado la tarea principal de anclar sus reflexiones en la vida práctica, reflexiones que sirvan

de orientación de los actos humanos. Muchas ciencias perdieron el horizonte. Se hace una ciencia despótica para los seres humanos, pero sin tener en cuenta a los seres humanos. La población humana se ha cosificado, compra y consume.

Recordemos que los resultados o productos de la ciencia tienen una pretensión, que para nada son neutrales. Es necesario perfilar desde la filosofía un discurso que se ancore a la vida humana y que sirva de faro para los demás saberes, que no deje de pensar en las consecuencias de una ciencia mal encaminada. Nos han vendido la idea de que la ciencia progresa de forma infinita y que nunca yerra. Pues detrás de las ciencias están seres humanos falibles, que cometen errores que pueden cobrar vidas humanas. Teniendo como soporte teórico las enseñanzas del maestro Sócrates, se puede esbozar un proyecto que vuelva la vista sobre los asuntos humanos, la política, la economía, la cultura y la religión, que sirva de directriz ética de la vida y que nos posibilite cuestionar el sentido y el alcance de todos los saberes.

La filosofía como visión de la totalidad, se ocupa del todo. Es decir, contempla la realidad desde una situación, situación en la que estamos inmersos previamente y desde allí analiza el entorno y el horizonte del mismo. La realidad resulta un poco desesperanzadora, la ciencia extravió su rumbo y la filosofía su visión de totalidad, colaborando a parcelar el saber en ontologías regionales.

Es perentorio que la filosofía se encauce nuevamente y vuelva a ser aquel ámbito que abarca todos los ámbitos de la realidad y que permita entender y entendernos. Que nos ofrezca luces en un panorama oscuro y desalentador. Que promueva otra vez la admiración, la maravilla, el asombro, la curiosidad. La filosofía debe ondear las banderas de la esperanza en un presente que entroniza la economía, olvidándose de los seres humanos y cosificándolos.

Por otra parte, con el avance vertiginoso de la ciencia en diferentes campos –la ingeniería genética por ejemplo, la nanotecnología, la energía nuclear–, el sentido de la admiración ya no es protagónico. Un modelo capitalista anclado en la economía que promueve una sociedad de masas y de consumo, ha dejado a un lado la capacidad de maravillarse. Estamos agobiados por el afán, el consumo, las



deudas. Queremos “aprovechar” al máximo el tiempo, haciendo el mayor número de actividades que podamos, vivimos en constante ansia.

El mercado crea necesidades falsas y nosotros perfilamos nuestras labores con el fin de ganar dinero que nos sirva para satisfacer esas necesidades creadas. El caso del celular es muy dicente. Acabamos de comprar el móvil y ya están en cola otros tres aparatos de última generación de la misma marca. Las cosas pierden vigencia en menos de un abrir y cerrar de ojos. En la sociedad de consumo no hay tiempo para pensar, ni mucho menos para admirarnos. Es la sociedad donde se niega el ocio (negocio) y es el ocio uno de los pilares del pensamiento y del filosofar. Sin tiempo para pensar ni para admirarnos solo queda el consumo, o eso nos hacen creer.

En este contexto, la existencia del ser humano se convierte en una especie de estéril ciclo, de eterno retorno: trabajo, compro (si no me alcanza el sueldo para la compra, me endeudo), sigo trabajando para pagar la deuda adquirida, libero cupo y compro. Un ciclo sin fin. El ser se confunde con el tener, hasta perder su esencia. No hay tiempo para cuestionarse y si lo hubiese, poco interesa profundizar en las cosas, en la realidad. Y los que procuran hacerse preguntas son mirados como orates, desadaptados, subversivos o desocupados.

Urge volver a las fuentes, urge volver a preguntarnos por el qué de las cosas, no solo aprovecharnos de ellas, sino también ahondar en su origen. Hemos abandonado la capacidad de valorar las cosas y de admirarnos ante ellas, importa el precio y la utilidad, muy poco el sentido de las mismas. Las preguntas que se hacen se pueden resumir en dos: ¿cuánto vale?, y ¿para qué sirve?

Trayendo a colación el mito de la caverna de Platón, y realizando con él una analogía podemos decir que la sociedad de consumo se asemeja a la caverna. Las personas que están adentro somos nosotros, la sociedad de consumo solo nos deja ver sombras, pero en ningún momento se nos muestra la realidad tal cual. La filosofía nos ayuda a salir de la caverna y nos abre los ojos. Al principio, estamos obnubilados por la realidad, nos cuesta creer que lo que vemos sea cierto.

Nos maravillamos, intentamos resistirnos a lo que estamos apreciando, pero finalmente logramos comprender. La ciencia no es neutra, ni mucho menos los productos tecnológicos, los medios de comunicación y su gran herramienta, la publicidad, hacen su labor, crean fetiches, ídolos, sofismas, cortinas de humo, sombras para que las personas no puedan conocer la realidad.

Habitamos una caverna de la que es arduo salir. Ya con la claridad, brindada por la filosofía y con la comprensión del mundo, decidimos volver a la caverna y narrar lo sucedido a nuestros congéneres, pero ellos andan tan enceguecidos por la publicidad, por la estética, por el espectáculo, por los programas de tele-realidad, que no nos creen, pero no solo ello ocurre, sino que intentan lincharnos, ya que nos consideran unos mentirosos, que solo intentamos con nuestro discurso confundir y sembrar la cizaña de la duda, en una caverna, donde las sombras priman.

Pan y circo en la antigua Roma eran los elementos ideales para mantener a la gente en la franca desidia. Ahora no ha cambiado mucho la realidad. De pronto los elementos sí. Con las dos F: fútbol y farándula. En la farándula encontramos los reinados, los programas de telerrealidad, las telenovelas y las series. La cajita mágica y el deporte creado en Inglaterra sirven para que no salgamos de la ignorancia, ni nos asombremos con las cosas geniales de nuestro entorno. Ni mucho menos nos aterroricemos por el hambre, la corrupción, la pobreza, la desigualdad, las injusticias diarias. Estamos de lleno en la caverna, colmados de sombras, pero no podemos quejarnos, en nuestra caverna hay televisión digital, donde podemos seguir los programas actuales y las ligas europeas.

Nos cuesta deslumbrarnos por un amanecer o por una puesta del sol. Los paisajes fantásticos que tenemos en el planeta poco nos roban el aliento y si lo hacen, al cabo de unos minutos todo pasa a ser “normal”, monótono. Hay tanto para admirarnos que nos falta vida para contemplar una ínfima parte de esa majestuosidad. Pero andamos preocupados, con tanta prisa, que perdemos lo esencial, nuestra vida. Y con ella el poder del asombro.



Retorno a la capacidad de asombro

Ahora cabe guardar la esperanza de que en algún momento de nuestra vida en la caverna, decidamos adoptar la actitud de asombro que caracteriza a los infantes, y tomemos la determinación de abrir los ojos y nos permitamos salir de las sombras. En ese preciso instante nos formularemos preguntas, intentaremos hallar respuestas y nos entregaremos al pensamiento, a la filosofía.

Quiero hacer aquí una salvedad, no deseo generalizar, no todos los seres humanos están en la caverna, hay mucha gente que ha logrado salir y que se ha dedicado a ser de su vida una eterna contemplación. Lo que sí es claro, es que el sistema está ideado para esclavizarnos con las cosas y para atraparnos bajo las redes del consumo y de la competencia.

Si conseguimos alejarnos del materialismo que nos sume en el letargo, donde hay muy poca posibilidad para la creatividad y el pensamiento, podremos retomar nuestros deseos de conocer. Apostarle al conocimiento para salir de la ignorancia. Si logramos despertar, y nos permitimos salir de las sombras, podremos cuestionarnos sobre la constitución de la realidad, el funcionamiento del mundo y las leyes y estructuras del mismo. Si dejamos fluir la admiración en nosotros, sin duda podremos penetrar en los grandes enigmas del universo y hasta aventurarnos a plantear nuevas teorías¹ acerca de nuestro origen. Pero no solo sobre el origen, también podríamos trazar grandes proyectos sobre nuestro porvenir.

Por otra parte, la admiración, ese examinar las cosas para ver lo que son, nos facilita dar un paso hacia la episteme, hacia la constitución de la ciencia. El ser humano al admirarse, se asombra y al asombrarse se extraña de las cosas,

.....
 1 En nuestro mundo materialista las cosas son vistas persiguiendo fines prácticos y la satisfacción de deseos y necesidades. Es una visión interesada. En la admiración esa visión es desinteresada, que Aristóteles llamó *theoría*. *Theorein* es examinar o inspeccionar las cosas para ver lo que ellas son, permitiéndoles que manifiesten su realidad. Es sugestiva la etimología que algunos dan para teoría, haciéndola derivar de *theos* = dios y *horao* = ver, examinar. *Theoría* vendría a ser “visión desde la perspectiva de Dios”. Especulación, del verbo latino *speculari* también tiene el significado de mirar desde arriba, desde una atalaya, observar, espiar. En ambos casos tintinea esa idea de distanciarse para ver mejor lo que hay. Esa forma de mirar que es el *theorein* nacido de la admiración es la que da pie a la episteme, la ciencia, ese saber universal por mostrarnos lo que las cosas son necesariamente. Además, es la forma de conducta más propiamente humana, ya que es conducirse según aquella característica que nos distingue a los humanos: el logos (Estrada 157).

porque es de algún modo, extraño a ellas. En la extrañeza unas cosas encubren a otras, emiten sobre otras su cono de sombra, porque la mente se dirige a ellas. Ante el encubrimiento solo nos resta el descubrimiento. Toda ciencia consiste en descubrimiento. Descubrir es manifestar lo que estaba oculto. Las cosas se nos presentan como veladas, como si un manto no nos dejará acceder a ellas, desde el filosofar y a través de la pregunta, podemos ayudar a quitar ese velo.

Por supuesto, aplicarse a la tarea de inspección y análisis de lo que las cosas son, es propio de un ser humano libre, que se dedica a una ciencia eminentemente libre, como lo es la filosofía. El dedicarse al *theorein* (al ver, al examinar y juzgar las cosas) es posible gracias al ocio², que es la más feliz de las actividades humanas. En el ocio, el ser humano intenta re-presentar los objetos que son el centro de su atención, o de su admiración. Al admirarnos aprehendemos la realidad de las cosas, la realidad del mundo y la realidad de los demás seres humanos.

En nuestra sociedad y ya lo he mencionado, existe un gran peligro, el cual nos lo advierte el maestro González en el siguiente párrafo:

El ser humano, tanto en su vida cotidiana como en sus esfuerzos teóricos, presenta una potente tendencia a objetivar los actos, haciendo de ellos cosas visibles. La praxis humana comienza a ser medida por sus resultados, y no por su verdad intrínseca. Con ello, lo más personal del ser humano es convertido en simple cosa, con enormes consecuencias prácticas y teóricas. (González 79)

La admiración ha hecho también posible la metafísica, que es ciencia de lo transparente. Ejercitar esa difícil operación que es la visión violenta de lo transparente, ha de ser tarea de toda filosofía. Diafanidad es la cualidad del cristal a través del que vemos el objeto que está del otro lado de lo diáfano. Pero, así como el murciélago es enegüecido por la luz, lo diáfano, lo transparente, no es tan fácil de “ver”. “Hemos examinado, aquellas cosas inmediatas entre las extrañas, de las

.....
 2 Negocio es negación del ocio. En una sociedad consumista y materialista como la nuestra, el ocio se desestima y se entiende como pérdida de tiempo. Dichos populares como “El tiempo es oro”, o “El tiempo perdido lo lloran los santos”, son ejemplos de la actual mentalidad. En un escenario así es difícil tener espacio para el ocio. De hecho, los filósofos deben colmar sus necesidades vitales, y luego dedicarse a la contemplación. Pero satisfaciendo esas necesidades se les va mucho tiempo, quedando poco para el verdadero ejercicio de cuestionarse por el sentido del mundo.



que nos hablaba Aristóteles. Los actos como integrantes de nuestra praxis, constituyen lo más cercano a nosotros mismos. Y sin embargo, como también decía Aristóteles, lo más patente de todo es a veces lo más difícil” (González 80).

Gracias a la admiración, nos preguntamos por el origen, por el surgir, por los actos, por el surgir de los actos, por el conocimiento de esos actos, por la metafísica. Ahora que, en las raíces cristianas al surgir, al origen se le haya dado el nombre de Dios, eso es otra cosa, ya que por su carácter inefable, Él es innombrable.

La persona que duda y se admira reconoce que hay cosas que se ignoran; por lo tanto, el filósofo es también amante del mito: el mito está formado en efecto, por cosas admirables. Cuando se nos presenta algún objeto extraño y que creemos nuevo o diferente de lo que antes conocimos y supusimos que existía, este objeto hace que lo admiremos y que quedemos sorprendidos; ello ocurre antes de que nosotros sepamos si el objeto es útil o no. La admiración es sin duda la primera de todas las pasiones, la primerísima forma de acercarnos a la realidad.

Las primeras personas se asombraron con la realidad y muchas veces la explicaron con mitos. Pero los mitos fueron contruidos por hombres también maravillados que se admiraron de situaciones que los dejaron sin aliento.

La afinidad entre la mente humana y el mundo: *aletheia*

Lo que no conviene olvidar es que esa afinidad entre la mente humana y el mundo, aunque pudiera explicarse en términos biológicos o metafísicos, es algo que concierne ya a nuestro trato más inmediato y cotidiano con las cosas. Y cualquier explicación de esa afinidad tendría que culminar precisamente dando cuenta del hecho de que las cosas [que] están a la mano tienen, en su modesta inmediatez, ese carácter admirable que consiste precisamente en que surjan ante nosotros como cosas con las que podemos tratar y a las que podemos entender.

Si tuviéramos que dar un nombre griego a esta afinidad admirable entre el ser humano y las cosas, el término más apropiado sería el de *Aletheia*. Se trata de la palabra que habitualmente se traduce por verdad. Aristóteles, tras hablarnos de la admiración como origen de la filosofía, indica que los primeros filósofos griegos “filosofaron acerca de la verdad”. (González 79)

Los griegos ya habían entendido la intrínseca relación entre las cosas humanas y el universo. Tal relación sería algo inmediato a nosotros mismos. Y esto de por sí resulta admirable, que el universo sea afín a la mente humana, sea comprensible. Dicha correlación entre el pensamiento y las cosas, entre el ser humano y el mundo, se designó con el nombre de *aletheia*, verdad. “La verdad en sentido originario habría sido para los griegos un salir del olvido, un desvelamiento o desocultamiento. Y el lenguaje, precisamente porque trae las cosas a la presencia, sería una forma de desvelamiento de la verdad. Un traer las cosas a la presencia” (González 80).

Esa tarea de ser buscadores o hacedores de la verdad es titánica y casi imposible de ejecutar en solitario, es necesario aunar esfuerzos para edificar la verdad. Es vital hacer énfasis en el carácter colectivo de la labor filosófica. Solamente con otros es posible alcanzar verdaderos resultados filosóficos, más allá de los errores o los aciertos.

Lo que otros han pensado nos permite afilar nuestros conceptos y obtener mayor exactitud. La historia de la filosofía puede ser entendida, no como un catálogo de opiniones dispares de filósofos engreídos, sino como un magnífico esfuerzo colectivo de realizar el proyecto socrático de un saber primero y radical, haciéndose descubrir qué es lo más patente de todo. (González 81)

Bibliografía

Aristóteles. *Metafísica*. Madrid: Gredos, 2008.

Estrada, Juan Antonio. El origen de la ciencia, la filosofía y la religión. Madrid: Universidad Pontificia Comillas. <<http://www.upcomillas.es/Webcorporativo/Centros/Catedras/Ctr/Documentos/Aportaci%C3%93ncienciayreligionestrada.Pdf>>.

González, Antonio. Ontología de la praxis. Apuntes de clase. Doctorado de Filosofía. Bogotá, 2013.

Platón. *Teeteto o de la ciencia*. Barcelona: Anthropos, 1990.